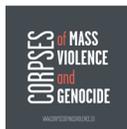


Sévane GARIBIAN, Élisabeth ANSTETT y Jean-Marc DREYFUS
(directores)

Restos humanos e identificación

Violencia de masa, genocidio y el “giro forense”

Karel Berkhoff, Viacheslav Bitiutckii, Gabriel N. Finder,
Gillian Fowler, Admir Jugo, Rémi Korman, José López Mazz,
Tony Platt, Nicky Rousseau, Frances Tay, Tim Thompson, Sari Wastell



Diseño: Gerardo Miño
Composición: Eduardo Rosende

Foto de portada: Huesos. Plaza de Mayo, Buenos Aires (Argentina), 2012
© Sévane Garibian

Edición: Primera. Abril de 2017

ISBN: 978-84-16467-89-1

Lugar de edición: Buenos Aires, Argentina

Los resultados de esta investigación fueron posibles gracias a la financiación del *European Research Council* bajo el 7º Programa Marco de la Unión Europea (FP/2007-2013) ERC Grant Agreement n° 283-617.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2017, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores s.l.

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

En Buenos Aires: Miño y Dávila srl
Tacuarí 540
(C1071AAL)
tel-fax: (54 11) 4331-1565
Buenos Aires, Argentina

e-mail producción: produccion@minoydavila.com
e-mail administración: info@minoydavila.com
web: www.minoydavila.com

Índice

- 9 Introducción:**
¿Por qué exhumar? ¿Por qué identificar?
por Sévane Garibian, Élisabeth Anstett y Jean-Marc Dreyfus
- 21 I. Legados amargos: una guerra de exterminio,**
saqueo de fosas y guerras de cultura en el oeste americano
por Tony Platt
- 39 II. Capítulo final: descripción de la exhumación**
y del nuevo entierro de los judíos polacos víctimas
del Holocausto en las páginas de los libros Yizkor
por Gabriel N. Finder
- 59 III. Bykivnia: cómo ladrones de tumbas, activistas y**
extranjeros terminaron con el silencio oficial sobre las
fosas comunes de Stalin cerca de Kiev
por Karel C. Berkhoff
- 83 IV. El ocultamiento de los cuerpos durante la dictadura**
militar en Uruguay (1973-1984)
por José López Mazz
- 97 V. Secretos de Estado y ocultamiento de cuerpos:**
exhumaciones de víctimas de la era soviética en la Rusia
contemporánea
por Viacheslav Bitiutckii
- 115 VI. ¿Un mero ejercicio técnico?: desafíos y soluciones**
tecnológicas para la identificación de personas en
escenarios de fosas comunes en un contexto moderno
por Gillian Fowler y Tim Thompson

- 135** VII. Desensamblar los pedazos, ensamblar lo social:
las vidas forenses y políticas de las fosas comunes
secundarias en Bosnia y Herzegovina
por Admir Jugo y Sari Wastell
- 163** VIII. Identificación, política, disciplinas: personas
desaparecidas y esqueletos coloniales en África del Sur
por Nicky Rousseau
- 191** IX. ¿Enterrar o exhibir? La política de exhumación
en el posgenocidio de Ruanda
por Rémi Korman
- 207** X. Recordando las masacres de la ocupación japonesa:
fosas comunes en la Malasia de posguerra
por Frances Tay

Agradecimientos

La mayoría de los capítulos de este volumen proceden de presentaciones realizadas en la conferencia “*Search and identification of corpses and human remains in post-genocide and mass violence contexts*”,¹ convocada por la Universidad de Manchester durante los días 9, 10 y 11 de septiembre de 2013, y organizada por el programa internacional de investigación comparada “*Corpses of mass violence and genocide*”.²

Debido al éxito de la conferencia y a los interesantes debates posteriores, los editores quieren agradecer sinceramente a todas aquellas personas e instituciones de investigación que participaron en la preparación del evento y la publicación de este volumen.

Este reconocimiento incluye a la Escuela de Artes, Lenguas y Culturas de la Universidad de Manchester por acoger a la reunión, y a su director, Jeremy Gregory por pronunciar el discurso de apertura; a Laurence Radford (proyecto ERC “*Corpses of mass violence and genocide*”, Universidad de Manchester) por ocuparse de la organización general de la conferencia y por su compromiso editorial con la publicación en inglés; a Emmanuelle Gravejat (“*Corpses of mass violence and genocide*”, EHESS-Paris) y al equipo del Institut de recherche interdisciplinaire sur les enjeux sociaux de París; a Caroline Fournet (Universidad de Groningen, Holanda) y a Jon Shute (Universidad de Manchester) por su ayuda en la preparación del evento.

Esta obra no hubiera podido ver la luz sin la colaboración de Ángela Schikler y Silvia Tenconi que tradujeron el conjunto de este volumen, inicialmente publicado en inglés por Manchester University Press en 2015. También debemos agradecer calurosamente a Gerardo Miño por su confianza en nuestro trabajo, a Eduardo Rosende por su atenta relectura y corrección del manuscrito español, así como a Kristina Lacraz por su asistencia en las tareas de revisión.

Sévane Garibian, Élisabeth Anstett y Jean-Marc Dreyfus

-
1. N. de las T.: “Búsqueda e identificación de cadáveres y restos humanos en contextos de posgenocidio y de violencia de masa”.
 2. N. de las T.: “Los cadáveres en las violencias de masa y los genocidios”.

Introducción:

¿Por qué exhumar? ¿Por qué identificar?

*Sévane Garibian, Élisabeth Anstett
y Jean-Marc Dreyfus*

Este libro surge de la segunda conferencia anual del programa de investigación “Los cadáveres en las violencias de masa y los genocidios”, celebrada en Manchester entre el 9 y el 11 de septiembre de 2013, que forma parte de un estudio en tres fases.¹ La primera fase, que fue el tema de una conferencia en París en 2012 y su posterior publicación, se centró en el tratamiento de los cadáveres justo después de los asesinatos (Anstett y Dreyfus, 2014). Estudiar el destino de los cadáveres que fueron abandonados, destruidos, desarmados, ocultados, negociados o profanados en situaciones de violencia de masa ayudó a abrir nuevas vías de investigación, lo que demuestra, en particular, la dimensión del procedimiento de violencia extrema y aclara cómo la ideología de los agentes de la muerte se traduce, una vez más, en el mero manejo de los cuerpos (ver también Anstett, Dreyfus y Garibian, 2013).

La segunda fase del programa, las conclusiones preliminares que se presentan en las contribuciones de este volumen,² examina el tratamiento de los cadáveres y de los restos humanos después del desastre, centrándose específicamente en su posible descubrimiento e identificación. El estudio de estas dos empresas separadas –la búsqueda de cadáveres y su identificación– se mantuvo tradicionalmente en manos de la ciencia forense y, hasta ahora, sólo marginalmente ha atraído el interés de la historia, la antropología social o el derecho a pesar de la magnitud de sus respectivos campos de aplicación. En este contexto, una de las principales contribuciones de este volumen es conectar las ciencias sociales y forenses, por primera vez, en un análisis conjunto y comparativo de cómo las sociedades se involucran en el proceso de búsqueda e identificación de los cadáveres producidos por la violencia de masa y, con ello, iniciar un diálogo verdaderamente interdisciplinario.

1. Beneficiario de una *Starting Grant* del European Research Council, N° 283-617. Visitar el sitio web: www.corpsesofmassviolence.eu

2. Más estudios fueron publicados en *Human Remains and Violence: An Interdisciplinary Journal*, que fue lanzado por Manchester University Press en la primavera de 2015.

La tercera fase del programa, que investiga el lugar de los restos humanos en el proceso de patrimonialización y conmemoración de la violencia extrema, fue también el tema de una conferencia en septiembre de 2014³ y de un tercer volumen publicado en esta serie (Dreyfus y Anstett, 2016).

Por lo tanto, las contribuciones a este volumen documentan, en contextos muy diferentes, el destino específico de los cadáveres después de la vida y la variedad de técnicas y tecnologías utilizadas para su localización e identificación. Estos textos toman como punto de partida la observación—que impacta a cualquiera que simplemente lea las noticias—de que la última década del siglo xx y los primeros años del siglo xxi fueron testigos de un tremendo resurgimiento de cadáveres producidos por la violencia extrema del siglo xx, decenas de cadáveres y, a veces, cientos de miles en muchos países. Hay muchos casos, desde la búsqueda de los antropólogos forenses de los “desaparecidos” por la dictadura argentina, a partir de 1983, hasta la identificación, ya casi sistemática, de los cuerpos de las víctimas de los crímenes cometidos en Bosnia y la utilización del trabajo de los patólogos forenses por el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia en 1995, o incluso la apertura a gran escala—recién a partir de 2000—de las fosas comunes de la Guerra Civil Española. En Ruanda, las víctimas del genocidio cometido contra los tutsis fueron exhumadas y enterradas de nuevo, a veces en varias ocasiones, decenas de miles entre 1994 y la actualidad. Este caso de escala incomparable, que a veces se acompaña de la exposición de ciertos restos humanos o de cuerpos enteros en monumentos como los de Murambi o Ntarama, contrasta fuertemente con la situación en Camboya, donde se perpetraron crímenes masivos entre 1975 y 1979. Hasta ahora, no se ha realizado ningún intento considerable de recuperar o identificar los cuerpos de las víctimas de los jemeres rojos, si bien se han reunido algunos huesos en monumentos locales.

Los estudios en los que se basa este volumen, limitados a los siglos xx y xxi, se ocupan del destino de los cuerpos de las víctimas civiles causadas por la violencia masiva y el genocidio. De ninguna manera pretenden ser exhaustivos, pero buscan tratar una serie de casos importantes teniendo en mente un fin comparativo y exploratorio. Por lo tanto, el tratamiento de los restos de los soldados no entra dentro del ámbito de nuestro programa de investigación. Por supuesto, las primeras exhumaciones masivas del siglo pasado fueron iniciadas por los Estados europeos después de la Primera Guerra Mundial, en una empresa sin precedentes de identificación y repatriación de los cuerpos de los combatientes.⁴ Además, las técnicas para el manejo a gran escala de cadáveres y restos humanos para

3. <http://cria.org.pt/site/images/Programme-Corpses-in-Society.pdf> (consultada el 20 de enero de 2014).

4. Véase, acerca de este proyecto en Francia e Italia, Pau-Heyriès (2008).

su clasificación y el mantenimiento de registros, fueron desarrolladas por los militares antes de que los organismos civiles se vieran obligados a hacerlo. El Mando Conjunto para el Paradero de Prisioneros de Guerra y Desaparecidos en Acción (JPAC, por sus siglas en inglés),⁵ un gran laboratorio forense del ejército estadounidense situado en la isla de Oahu en Hawái, continúa trabajando para identificar los cuerpos de los soldados muertos en el teatro del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la búsqueda y la identificación –de los cuerpos de los combatientes– siguen una lógica específica del mundo militar que, al parecer, no puede ser transferida a la sociedad civil sin acarrear importantes dificultades teóricas y metodológicas.

Entonces, desde el comienzo, las cuestiones abordadas en este volumen están organizadas en torno a dos temas distintos pero intrínsecamente conectados: búsqueda e identificación. Sin embargo, la búsqueda de los cuerpos o restos humanos y, antes, de las fosas comunes o de las individuales, cuando las hay, no conducen automáticamente a los intentos de identificación. Por lo tanto, tenemos que distinguir cuidadosamente entre las dos empresas. Así, en el caso de la exhumación de las víctimas de la Gran Purga –llevada a cabo en Rusia con un rendimiento muy limitado después de la caída de la URSS– el descubrimiento de fosas comunes y de huesos no fue acompañado de procedimientos forenses para la identificación de los cuerpos y, mucho menos, de investigación sobre el ADN de las víctimas. Ciertamente, los objetos, la ropa y los documentos encontrados en las fosas ofrecen algunas indicaciones legibles pero, hasta el día de hoy, no se ha hecho ningún intento sistemático para determinar la identidad de los restos humanos, como nos lo recuerda en este volumen Viacheslav Bitvutskii, director de la ONG Memorial, que supervisó las exhumaciones en la región de Voronezh.

Además, a veces los cuerpos reaparecen sin haber sido buscados. Así fue en el barranco de Babi Yar en Kiev, donde los judíos de la ciudad habían sido asesinados y apresuradamente enterrados en septiembre de 1941 (33.771 personas, según las estadísticas oficiales de los asesinos alemanes). A fines de 1960, una represa cercana se rompió y la inundación posterior desenterró cientos de cuerpos que luego fueron enterrados nuevamente sin ningún intento de identificación.⁶ Se pueden citar otros casos como las fosas del campo de concentración de Dachau, descubiertas por casualidad durante los trabajos de excavación para la construcción de una carretera en 1948. Los cuerpos desenterrados fueron identificados por medio de la medicina forense de la época.⁷ Incluso hay casos donde se

5. N. de las T.: En inglés, *Joint POW/MIA Accounting Command*.

6. Karel Berkhoff, *xxx, Lessons and Legacies*, septiembre de 2014.

7. Acerca del descubrimiento de la fosa común en Leitenberg, véase Marcuse (2001: 142-50).

produjo el descubrimiento e identificación de los cuerpos sin haber sido objeto de una búsqueda anterior, pero siguen siendo numerosos los casos de búsqueda y localización de fosas comunes, de cuerpos exhumados y vueltos a inhumar sin ningún intento de identificación. Este hecho puede explicarse, principalmente, por la falta de recursos técnicos y financieros pero, también, como en Ruanda o los territorios de la antigua Unión Soviética, por razones políticas cuando la identificación sistemática de cadáveres pone en riesgo la desestabilización de la sociedad o del partido político en el poder, creando problemas que superan los beneficios esperados de un nuevo entierro.

A la fecha, los casos mejor documentados de una búsqueda a gran escala de restos humanos (con o sin identificación) siguen siendo los de Ruanda, las dictaduras latinoamericanas, Bosnia y España. Sin embargo, las dimensiones de estos asesinatos son muy variadas, y la proporción de víctimas identificadas también difiere considerablemente. Así, alrededor de 1.300 cuerpos de personas desaparecidas en la Argentina han sido recuperados en los treinta y tres años de trabajo del EAAF (Equipo Argentino de Antropología Forense). Hasta el momento, unos 720 ya han sido identificados y mediante autorización judicial restituidos a sus familiares, con nombre y apellido. En Bosnia, de los cien mil muertos en la guerra, han sido identificadas por su ADN catorce mil víctimas exhumadas, de las cuales 6.877 eran del genocidio en Srebrenica.⁸ Más de 6.500 cuerpos fueron exhumados en España desde 2000; aún se desconoce el número de personas identificadas, pero varios cientos de fosas que contienen decenas de miles de víctimas permanecen intactas.⁹ Y teniendo en cuenta que más de 250.000 cuerpos han sido vueltos a enterrar solo por el Kigali Memorial Centre, el número total de víctimas del genocidio de los tutsis, así como el de las exhumaciones realizadas por Ruanda sigue siendo incierto en la actualidad. En cuanto a los cuerpos y restos de los seis millones de judíos víctimas del Holocausto, sólo un porcentaje minúsculo de ellos fue exhumado y un porcentaje, aun menor, identificado.

Estos casos, emblemáticos del patrimonio de la extrema violencia del siglo xx, nos plantean preguntas acerca de la aparición de un “giro forense”, en palabras del historiador Robert Jan van Pelt en la Conferencia de París en septiembre de 2012. En primer lugar, este giro forense puede ser caracterizado por la llegada de los patólogos y antropólogos

-
8. Cifras proporcionadas por la ICMP en su página web, 15 de octubre de 2013; véase <http://www.ic-mp.org/icmp-worldwide/southeast-europe> (consultada el 20 de enero de 2014). (N. de las T.: Comisión Internacional sobre Personas Desaparecidas, ICMP por sus siglas en inglés, *International Commission on Missing Persons*).
 9. Véase el mapa oficial publicado por el Ministerio de Justicia de España, disponible en: [http://mapadefosas.mjusticia.es/exovi_externo/CargarInformacion.htm] (consultado el 19 de febrero de 2014).

forenses al escenario de la violencia masiva y del genocidio como decisivos agentes de prácticas en la búsqueda de cuerpos cuyas dimensiones políticas, sociales y diplomáticas se manifiestan inmediatamente. Estos patólogos y antropólogos forenses ven ahora respaldada su legitimidad por el aumento de la eficacia de su trabajo y el uso de tecnologías avanzadas, como la geolocalización y la identificación del ADN. Este giro forense, esencialmente globalizado, está facilitado por el movimiento de profesionales de todo el mundo, que llevan su conocimiento experto –y su equipo– a las cuatro esquinas del globo y, a veces, participan en la formación de equipos locales.¹⁰ Un informe de sus orígenes podría estar en el proceso de ser ofrecido, centrado en la figura del Dr. Clyde Snow, un patólogo estadounidense que estuvo presente como consultor en Bosnia desde 1992, y que llevó su conocimiento experto a los equipos encargados de la primera exhumación realizada en Argentina en los primeros años de la década de 1980 (Snow, 1982; Snow *et al.*, 1984). Como una figura crucial en la aparición de este potencial “giro forense”, Clyde Snow ayudó a fundar el EAAF, que hasta hoy ha estado trabajando para identificar los cuerpos de las personas desaparecidas, interviniendo en docenas de países de todo el mundo; el director, Luis Fondebrider, fue invitado a nuestra conferencia en Manchester.

La temporalidad de la búsqueda y la identificación de los cadáveres, y no sólo su carácter globalizado, es, pues, un elemento importante en el análisis de estos fenómenos. En algunos países, la búsqueda de los cuerpos comenzó inmediatamente después de las masacres, como en Polonia en 1945, donde los sobrevivientes judíos trataron de dar a las víctimas de las marchas de la muerte un entierro digno (Finder, 2008). Pero en España, no fue sino hasta sesenta años después del final de la guerra civil, y veinticinco años después de la restauración de la democracia, que la primera exhumación de los muertos republicanos pudo tener lugar (mientras que los cuerpos de los combatientes franquistas y civiles habían sido honrados mucho antes). Por tanto, debemos tener en cuenta que el momento de la exhumación siempre depende del contexto político (y a veces geopolítico), como de la política nacional de la amnistía o la política local de la memoria. Esta cronología también depende de los contextos sociales únicos y complejos que permiten (a través de la aparición de un consenso) o impiden (cuando las divisiones persisten) la búsqueda de los restos de las víctimas.

Así, los colaboradores de este volumen han tratado de responder a muchas preguntas relacionadas con las condiciones y términos de la rápida aparición de este “giro forense”. Han investigado a los agentes y las acciones a través de los cuales los cuerpos son recuperados y/o iden-

10. Acerca de la circulación de los especialistas forenses, véase Koff (2004).

tificados, las prácticas y técnicas utilizadas y, por último, los motivos e intereses que explican la aparición de exhumaciones masivas. ¿Quién es el responsable de las exhumaciones? ¿Quién toma la iniciativa, después de haber sido otorgado el derecho a hacerlo legítimamente, y cómo se construye esa legitimidad? Los agentes presentes en este campo son, a menudo, muchos y variados, incluyendo a las familias, las organizaciones no gubernamentales, las instituciones civiles, religiosas y judiciales, las asociaciones de sobrevivientes, los jueces y hasta los medios de comunicación. Las contribuciones combinadas aquí muestran que los agentes pueden ser locales o nacionales, a menudo reforzados por una intervención (técnica, legal, política o financiera) que emana de otra parte y, con frecuencia, desde el extranjero, a través de los tribunales penales, las organizaciones gubernamentales o no gubernamentales, o las fuerzas de ocupación o de mantenimiento de la paz.

En cuanto a las técnicas utilizadas para la búsqueda e identificación de los cuerpos, a pesar de las múltiples limitaciones, éstas pueden ir desde las más rudimentarias –localización de fosas masivas por testigos directos o sobrevivientes, y exhumaciones a pala o a mano– hasta las más sofisticadas como el uso de equipo de detección remota, el establecimiento de prospecciones arqueológicas, de área amplia, para cadáveres, y el uso de análisis de laboratorio para decodificar las muestras de ADN. De por sí, las exhumaciones masivas y los procedimientos de identificación realizados durante el siglo XX generaron importantes transferencias de conocimiento experto y una estandarización progresiva de las prácticas. Estos momentos colectivos, a su vez, iniciaron nuevas prácticas funerarias que incluyen nuevos ritos sociales o religiosos para el tratamiento de los muertos. En este sentido, los colaboradores de este volumen han emprendido también la descripción de toda una economía –tanto material como simbólica– del tratamiento de los cuerpos.

Los diez artículos reunidos aquí muestran cómo los motivos que rigen la implementación de estas exhumaciones son muchos, variados y complicados, cómo pueden dar lugar a juegos de poder de variada intensidad, y cómo pueden poner a toda una sociedad en tela de juicio. Estas motivaciones pueden surgir en relación con la identidad y el recuerdo, con los lazos familiares o colectivos, con la política pero, también, no lo olvidemos, con la religión. Entonces, el estudio de estos motivos e intereses ilumina considerablemente el funcionamiento de una sociedad después de la catástrofe y la lenta construcción de un proceso de duelo colectivo. Estas cuestiones también abordan –un punto central para todos los estudios– la construcción del estatus simbólico y legal de los cadáveres. Piden nuevos estudios antropológicos de las relaciones de las sociedades contemporáneas con los restos humanos en todas sus formas: cadáveres enteros o desmembrados, esqueletos completos o huesos sueltos, tejidos, órganos, extremidades y,

por último, cenizas. De hecho, parece importante para nosotros entender lo que está en juego en el acto “exhumatorio” en sí y, por lo tanto, intentar, en la medida de lo posible, resituar la historia, la geografía y la sociología de estas exhumaciones masivas.

Uno de los primeros resultados de la investigación que aquí se presenta nos obliga, exactamente como era de esperar, a alejarnos de una narrativa triunfalista sobre la búsqueda e identificación de los cuerpos contribuyendo, siempre y en todas partes, a la marcha hacia la justicia y la verdad y hacia la curación de las sociedades posgenocidas. Como las exhumaciones no son todas virtuosas, y muchas cargan con su parte de conflictos, se abren nuevas brechas y nuevas preguntas. Nuestras obras también alientan la hipótesis de un verdadero cambio de paradigma en el recuerdo, un cambio del cual el giro forense constituiría tanto un síntoma como una causa. De hecho, parece que las sociedades involucradas en crímenes masivos, durante los últimos treinta años, han renunciado gradualmente a la construcción de una explicación inteligible de la violencia extrema a partir de la narración de los sobrevivientes, dando, en cambio, una atención especial a las pruebas materiales del desastre; entonces, los recuerdos colectivos ya no se obtendrían desde el paradigma testimonial sino desde el paradigma de la evidencia material.

Sin embargo, en tanto que las obras presentadas aquí, como las presentadas en la conferencia, tienen como objetivo abrir nuevas vías de investigación, también nos parece importante brindar real claridad a algunos puntos que se han mantenido oscuros hasta ahora. Por lo tanto, ciertos paisajes, ciertos incidentes de violencia masiva, y no sólo unos pocos, están en gran parte subdocumentados cuando se plantea la cuestión de la búsqueda de los cuerpos de las víctimas y, sin lugar a dudas, vemos una clara disparidad en los estudios existentes. Por ejemplo, no hay casi ninguna investigación sobre el tratamiento de los cadáveres, los restos humanos o las cenizas de los millones de judíos asesinados en el Holocausto, y aún menos de las otras víctimas del nazismo, como los gitanos Sinti y Roma. Del mismo modo, sabemos muy poco acerca de lo que pasó con los restos de las víctimas del genocidio camboyano. Y casi cien años después del desastre, hasta el momento no hemos visto ningún estudio sobre el destino de los cadáveres del genocidio armenio. Entonces, ¿la misma dimensión del asesinato masivo implica una singular dificultad en la planificación e implementación de la búsqueda e identificación de los restos humanos?

El aspecto lingüístico de las prácticas de búsqueda e identificación también sigue siendo, en gran parte, inexplorado. Todavía parecen ser decisivos los términos y la manera en que los restos humanos y los cadáveres son designados en diferentes contextos de violencia. Los casos de Argentina y Ruanda nos muestran que nombrar a los muertos representa,

muy a menudo, haber tomado ya una posición política. Un estudio del léxico utilizado en países en los que se llevaron a cabo exhumaciones –léxicos que pueden diferir en función de los agentes (terminologías vernáculas, nomenclaturas técnicas o científicas, o clasificaciones que emanan de la religión, la poesía o la jerga)– podría abrir nuevas perspectivas para la investigación a este respecto. La traducción de estos términos –por expertos tanto en medicina como en derecho forense, pero también por investigadores que estudian estos hechos sociales– merece ser objeto de atención y ser exhaustivamente analizada, ya que las palabras parecen tener mucho más sentido que el que en un principio parecen atribuirles los hablantes.

Las cuestiones específicamente éticas planteadas por la investigación sobre el destino de las víctimas de violencia masiva también podrían ser articuladas, aunque todos los profesionales implicados en esta investigación estén en contacto directo con los restos humanos. Como el manejo de estos restos, dentro de las instituciones culturales y de investigación, está enmarcado en la mayoría de los países occidentales en gran medida por los procedimientos legales y administrativos, todavía se llevan a cabo exhumaciones a gran escala que generan un conjunto de prácticas y situaciones sin precedentes que van más allá de los límites inicialmente concebidos por los legisladores. Además, los agentes presentes en la escena suelen actuar dentro de una visión ética personal, que no siempre se expresa plenamente, compuesta por una concatenación de normas sociales y religiosas y, a veces, por improvisaciones y construcciones simbólicas audaces. Estos enfoques, a menudo sincréticos y heterodoxos, merecen ser examinados y comparados (tanto en sus orígenes como en sus efectos) con los marcos éticos que rigen la investigación científica. A éstos hay que añadir los problemas planteados por la larga intimidad con la muerte y los muertos engendrados por el proceso mismo de la investigación académica, que algunos autores de este libro han tratado de documentar.

Al mismo tiempo, las ricas contribuciones de este volumen ofrecen mucho a la investigación, en primer lugar por el esclarecimiento de la lógica de los agentes de estas búsquedas, exhumaciones y procedimientos de identificación que, por lo general, implican metas competitivas. Podemos establecer una jerarquía de agentes, desde el individuo único cuya iniciativa puede causar un terremoto político (como fue el caso de España), a las instituciones estatales más poderosas como, en el caso de Guatemala, el ejército. Estos agentes pueden estar investidos con ideologías pero también con tradiciones religiosas milenarias. Sin embargo, las autoridades religiosas rara vez inician búsquedas que probablemente puedan ser vistas como afectando su propia legitimidad, en momentos en que ésta más bien exige ser fortalecida o restaurada. Estos agentes también viven dentro de una cultura material, incluso sensorial –pensemos en los

olores de cuerpos quemados o putrefactos, y los de los productos de limpieza de huesos— que es única, dentro de la cual también establecen nuevos puntos de referencia. Las contribuciones combinadas aquí muestran a este respecto la importancia de toda esta cultura material de las exhumaciones y del tratamiento de los restos humanos: ataúdes, mortajas, los uniformes usados por los patólogos forenses o su equipo y, también, por último, las lápidas individuales o colectivas y los monumentos erigidos en los sitios del nuevo entierro. Por lo tanto, según lo documentado por varios de los textos aquí reunidos, las nuevas prácticas sociales y culturales están, realmente, construidas a través de la búsqueda de cuerpos.

Las contribuciones reunidas aquí también ayudan a sacar a la luz una segunda lógica de los territorios y de su control. El estudio del tratamiento de los cadáveres durante la fase de masacre demostró la importancia de la geografía de los sitios de asesinato, y la topografía, los bosques, los ríos, etc. También subrayó hasta qué grado influyó la percepción antropológica del paisaje en el tratamiento de los cuerpos. También las exhumaciones parecen estar determinadas por esta geografía física y mental. Los textos de este volumen muestran, a menudo, el estado de los territorios formados por las fosas masivas y los hoyos que están en juego en la exhumación, así como su control y la propiedad. La pregunta generada por el saqueo de las fosas masivas está, por ejemplo, situada dentro de esta lógica, así como la apertura de fosas por agentes no acreditados, que se analiza en diversas contribuciones.

La tercera lógica que se desprende de este volumen es, por supuesto, la de la política. También las exhumaciones —principalmente— forman parte de un proceso de construcción de la comunidad o de construcción de un Estado posgenocida. Entonces, la búsqueda de los cuerpos siempre se lleva a cabo dentro de las limitaciones que quedan por negociar y los conflictos que quedan por resolver. Y hay muchos casos —como lo indican casi todos los textos aquí reunidos— en los que están involucradas las apuestas de la diplomacia, de la cuasidiplomacia de las organizaciones no gubernamentales y también las de la geopolítica. También surgen, dentro de este contexto, cuestiones de naturaleza específicamente jurídica sobre la legalidad de las exhumaciones e identificaciones ordenadas o protegidas por los tribunales nacionales e internacionales. A esta lógica sigue, en términos más amplios, la lógica de la justicia transicional.

Estos tres enfoques —mediante el poder de los agentes, el territorio y la construcción del Estado— son interdependientes en más de un sentido, y varios autores en este volumen muestran que podemos identificar reciprocidades entre ellos sin que por esto sea para ellos más fácil ser priorizados.

Así, en un texto que aquí sirve como preámbulo, Tony Platt describe el destino de las fosas de los nativos americanos en California. Desde otro punto de vista de la narrativa que describe este Estado como una

región liberal, como el hogar de empresas de alta tecnología, el capítulo muestra que la colonización europea se basa en la destrucción casi total de las poblaciones indígenas durante los siglos XVIII y XIX. A partir de una reflexión personal sobre la experiencia del duelo por su hijo, primero cuestiona los motivos de los agentes que participan en la búsqueda de fosas indígenas, pero también los de los científicos sociales que estudian el producto de esta búsqueda. Él explica cómo la negación del genocidio de nativos americanos se vio reforzada por la instrumentalización de las fosas indígenas y del saqueo sistemático de los objetos y de los huesos que contenían. Los huesos fueron enviados en grandes cantidades a los museos –Platt da la escalofriante cifra de 600.000 a un millón de tumbas que, por lo tanto, fueron abiertas y destruidas– pero también constituyeron enormes colecciones de los departamentos de antropología de la Universidad de California Davis. UC Davis sigue siendo, como tal, un verdadero osario. Al señalar esto, Platt advierte contra una lectura triunfalista de las exhumaciones, mostrando que, en cambio, pueden participar en la creación y la imposición de una amplia narrativa histórico-mítica a través de instituciones y público en general.

En la primera sección, dedicada a los agentes de la búsqueda e identificación de los cuerpos, Gabriel Finder muestra cómo los polacos judíos sobrevivientes del Holocausto trataron de dar un entierro digno a los miembros de su familia y de la comunidad en el período de la inmediata posguerra. Sin embargo, aunque el número de los cuerpos exhumados de fosas masivas y enterrados por segunda vez con una ceremonia oficial –y con oraciones judías– pueda parecer importante, representa sólo una fracción de los cuerpos de tres millones de víctimas judías polacas. El artículo analiza el impacto colectivo real de las iniciativas individuales realizadas localmente bajo el control estricto de las autoridades de ocupación soviéticas y transmitidas a distancia por las comunidades judías de la diáspora. Karel Berkhoff, a su vez, describe cómo el silencio de las autoridades soviéticas y ucranianas sobre la existencia de una gran fosa masiva de las víctimas de las purgas estalinistas fue, durante décadas, puesto en riesgo por muchos agentes: las tropas de ocupación alemanas durante la guerra, los ladrones de fosas y los nacionalistas ucranianos y polacos, con sus diferentes motivos, fueron los agentes cuyas acciones provocaron un esfuerzo caótico pero progresivo para marcar los sitios de la violencia, terminando en la construcción de un monumento oficial. Por último, José López Mazz explica cómo sólo un cambio político radical en Uruguay permitió la formación de una comisión para buscar los cuerpos de los desaparecidos durante la dictadura. Desde 2010, con la ayuda del conocimiento experto de los arqueólogos, esta comisión se involucró en la difícil tarea de exponer y eludir las estrategias de ocultamiento empleadas por los militares, sacando a la luz, poco a poco

y con paciencia, las evidencias físicas de la aplicación de la “Operación Zanahoria”, que implicó la exhumación ilegal y la destrucción sistemática de los restos de las víctimas de la dictadura.

La sección sobre los medios y métodos empleados en la búsqueda de los cuerpos, se abre con el abogado ruso Viacheslav Bityutskii, director de una sección local de la ONG Memorial, que describe las únicas exhumaciones de los cadáveres de las víctimas de la purga estalinista que tuvieron lugar en territorio soviético en la región de Voronezh, al sur de Moscú. Al describir los muy limitados recursos desplegados localmente por un grupo de voluntarios para ejercer la tarea de exhumación en el transcurso de unos veinte años, analiza las razones del fracaso para completar el proceso de identificación, subrayando lo que sigue siendo la dimensión política de la exhumación e identificación de las víctimas después de más de setenta y cinco años de que los crímenes fueran cometidos.

Por el contrario, la siguiente contribución en la sección “métodos” ilumina el lado más tecnológico de esta investigación, centrándose, primero, en el desarrollo de nuevas técnicas para la identificación en la medicina forense, con especial atención a las cuestiones científicas y éticas que conlleva el uso de muestras de ADN (Fowler y Thompson). Al concluir esta sección, Jugo y Wastell muestran exactamente cómo la multiplicidad de las prácticas empleadas durante la exhumación e identificación de víctimas en Bosnia y Herzegovina pudo interrumpir el proceso al tiempo que ayudó a reconstruir la sociedad de Bosnia en su conjunto.

En una tercera y última sección, los colaboradores examinan los riesgos derivados de las exhumaciones. Nicky Rousseau, que es ella misma una agente de la transición hacia la justicia en Sudáfrica, aprovecha su doble filiación como investigadora y miembro de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación para describir y analizar las fuentes sociopolíticas de la búsqueda de cuerpos de militantes del CNA asesinados por la policía del régimen del *apartheid*. Así, la autora aclara no sólo las cuestiones de posicionamiento político, sino también las de clase social, que se crearon en torno a las familias que recuperaban el cuerpo de un ser querido. Por su parte, el historiador Rémi Korman analiza las interacciones y competencia entre las agendas de los diferentes agentes con relación a las exhumaciones en Ruanda. Él deconstruye las fuentes de los intentos del Estado para imponer una política funeraria y de homenaje que no siempre es la deseada por la Iglesia y los sobrevivientes, incluyendo la rutina de la anonimización de las víctimas vueltas a enterrar. El texto final del volumen se centra en el continente asiático. Frances Tay está interesada en las exhumaciones ordenadas en Malasia por los tribunales militares británicos durante la ocupación de la península, en el transcurso de los ensayos para las atrocidades japonesas. De hecho, estas exhumaciones han reflejado la política de restauración del régimen colonial,

mientras que el proceso de memorialización de las víctimas –que más tarde provocó otras exhumaciones– reveló la importancia de la minoría china en la construcción de un Estado independiente de Malasia. En este sentido, la última sección del volumen ofrece una transición perfecta para los estudios más extensos que queremos llevar a cabo para dirigir la atención hacia el destino de los cadáveres y los restos humanos en los procesos conmemorativos y patrimoniales.

En última instancia, las diez contribuciones a este volumen muestran tanto la diversidad de situaciones como las posibles interpretaciones que pueden surgir de la búsqueda de los cuerpos producto de la violencia masiva y el genocidio. Muestran cómo el real drama del destino humano, de los seres humanos frente a su propia muerte, volvió a escena en el siglo xx y está volviendo a escena hoy; un drama que es aún más incomprendible en situaciones de muerte masiva, de muerte no individualizada, cuando se trata de un asesinato a gran escala. Las exhumaciones, como manifestaciones de una voluntad de aprender, también de un deseo de ver y entender, parecen representar, en este sentido, una de las muchas respuestas de la sociedad al misterio de la muerte violenta masiva.

Bibliografía

- Anstett, É. y Dreyfus, J.-M. (2014). *Destruction and Human remains: Disposal and Concealment in Genocide and Mass Violence*. Manchester: Manchester University Press.
- Anstett, É., Dreyfus, J.-M. y Garibian, S. (2013). *Cadáveres impensables, cadáveres impensados. El tratamiento de los cuerpos en las violencias de masa y los genocidios*. Buenos Aires: Mino y Dávila.
- Berkhoff, K., XXX, *Lessons and Legacies* conference, septiembre de 2014.
- Dreyfus, J.-M. y Anstett, É. (2016). *Human Remains in Society. Curation and exhibition in the aftermath of genocide and mass-violence*. Manchester: Manchester University Press.
- Finder, G. (2008). Yizkor! Commemoration of the Dead by Jewish Displaced Persons in Postwar Germany (pp. 234-257). En A. Confino, P. Betts y D. Schumann (eds.), *Between Mass Death and Individual Loss: The Place of the Dead in Twentieth-Century Germany*. Oxford, New York: Berghahn Books.
- Koff, C. (2004). *The Bone Woman: Among the Dead in Rwanda, Bosnia, Croatia and Kosovo*. London: Atlantic.
- Marcuse, H. (2001). *Legacies of Dachau: The Uses and Abuses of a Concentration Camp, 1933-2001*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pau-Heyriès, B. (2008). La démobilisation des morts français et italiens de la Grande Guerre. *Revue Historique des Armées*, 250, 66-76. Disponible en: [<http://rha.revues.org/185>] (consultada el 19 de febrero 2014).
- Snow, C. C. (1982). Forensic anthropology. *Annual Review of Anthropology*, 11, 97-131.
- Snow, C. C., Levine, L., Lukash, L., Tedeschi, L. G., Orrego, C. y Stover, E. (1984). The investigation of the human remains of the “disappeared” in Argentina. *The American Journal of Forensic Medicine and Pathology*, 5 (4), 297-299.

Legados amargos: *una guerra de exterminio, saqueo de fosas y guerras de cultura en el oeste americano*¹

Tony Platt

“Entonces están siempre volviendo a nosotros, los muertos” (W. G. Sebald, 1993)

“Creo que no deberíamos poner el acento en el pasado” (Ronald Reagan, cementerio de Bitburg, 1985)

“No dejes que muera tu dolor; aunque yo esté muerto” (Shakespeare, Titus Andronicus)

En 2012, la conferencia anual “Cadáveres de la violencia de masa y los genocidios” volvió una mirada crítica sobre los *agentes de la injusticia* y preguntó: ¿Qué nos dicen las prácticas de *destrucción masiva* acerca de los temas políticos, sociales y culturales más importantes? En la conferencia de 2013, nos preguntamos: ¿qué nos dicen las prácticas de *exhumación* de las víctimas de la destrucción masiva acerca de los más grandes temas políticos, sociales y culturales? ¿Qué significa volver una mirada crítica sobre los *agentes de la justicia*, o sobre *nosotros mismos*?

Introducción

He vivido en los Estados Unidos, sobre todo en Berkeley, desde que salí de Manchester, Reino Unido, en 1963. Y durante casi cuarenta de esos años he tenido la suerte de tener la propiedad vacacional de una cabaña en el noroeste de California en un lugar maravilloso llamado Big Lagoon, un pueblo costero rodeado por el océano, la laguna y el bosque. El área, normalmente, es descrita en las guías turísticas como

1. Trabajo presentado en el “*Search and Identification of Corpses and Human Remains in Post-Genocide and Mass Violence Contexts*”, 2nd Annual and International Workshop of the Research Program, *Corpses of Mass Violence and Genocide* (European Research Council), Septiembre 9-11, 2013, University of Manchester, England.

teniendo una “sensación de salvajismo”, un lugar prístino “donde es posible conectarse con la Naturaleza”.²

Mi relación con este lugar siempre se ha asociado con la vida –con la renovación, la restauración y la revitalización– hasta que mi hijo Daniel, de cuarenta años, murió en 2006 dejando la petición de un “funeral vikingo” en Big Lagoon. Después de su muerte y de la espectacular despedida, mi relación con Big Lagoon cambió, así como mi investigación e intereses pedagógicos.³ Sé, por experiencia personal, cómo la muerte puede transformar el significado de un lugar, de sus asociaciones históricas y culturales. (¿Alguien recuerda aquel agradable centro turístico y de artistas pre-1933, en Alemania, conocido como Dachau?)

Empecé a leer acerca de los nativos americanos, especialmente sobre las ceremonias de muerte de los yurok locales y, rápidamente, me di cuenta de que nuestra ceremonia para Daniel reflejó una “promiscuidad entre los vivos y los muertos” que tiene una larga historia en las prácticas funerarias de todo el mundo (Ariès, 1974: 25). También me encontré, en un informe técnico arqueológico, con una breve referencia al alegato de que, en la década de 1930, los coleccionistas locales habían cavado tumbas yurok en Big Lagoon (a alrededor de un cuarto de milla de nuestra cabaña) y se habían llevado sus contenidos, partes del cuerpo y todo lo demás.

Esto era nuevo para mí. Con la despedida de mi hijo en mi mente, me sentí obligado a tomar medidas, ayudando a organizar una Coalición para la Protección de los legados culturales yurok en O-Pyuweg (Big Lagoon) y, posteriormente, investigando las prácticas y políticas de exhumaciones arqueológicas. Para llevar a cabo esta investigación, tuve que dejar la tranquilidad rural de Big Lagoon y viajar a museos de Nueva York, Washington DC y Europa, y hurgar en archivos por largo tiempo olvidados, armarios cerrados y sótanos repletos de restos humanos.

Este capítulo se concentra en la exhumación de tumbas de indígenas norteamericanos en el oeste americano en el siglo xx. Pero, para entender la historia de este legado amargo, se requiere de un contexto más amplio y de un trasfondo, en el que el abuso arqueológico-científico fue una de las tres catástrofes interrelacionadas que sufrieron los indígenas.

2. A menos que ya se tenga conocimiento de la documentación, ésta pueda encontrarse en Platt (2011).

3. Desde 2006 he venido dictando un curso llamado “Obituary”, he escrito un libro titulado *Grave Matters*, y he publicado artículos con el nombre de “Dead End”, “The Living and The Dead”, “Memento Mori”, “To Die For”, “Death’s Double Standard” y “Life After Death”. Y ahora, aquí, estoy participando en una reunión sobre cadáveres.

Catástrofe N° uno: la destrucción

Los pueblos nativos de lo que luego fue California vivieron por miles de años descentralizados, pero de ninguna manera en “*tribelets*”⁴ provinciales, hablando diversos idiomas, viviendo relativamente bien y largas vidas. Entonces, para usar la imaginaria yurok, ese fue “el momento cuando las estrellas cayeron” y el mundo perdió su equilibrio.

Las “horrorosas estadísticas” cuentan la historia de los cambios en la población indígena de California durante un período de alrededor de 150 años. A partir de, como mínimo, 300.000 en 1769, a 200.000 en 1821 bajo la ocupación española (1769-1834), a 30.000 en la década de 1850 bajo el gobierno estadounidense, a un punto más bajo de alrededor de 15.000 en la década de 1900 (Hurtado, 1988: 1). Es una disminución de más del noventa por ciento, comparable a la de los tutsi bajo el régimen hutu, aunque por un período mucho más largo (Korman, 2014).

Hay una tendencia a dividir lo que pasó en el Oeste en dos grandes relatos: uno hace hincapié en el desafortunado resultado, no intencional, de enfermedades que destruyeron el sistema inmunológico de los nativos desde finales del siglo XVIII hasta mediados del XIX en toda América, lo que Tom Bender refiere como “el mayor desastre demográfico humano en el registro histórico” (Bender, 2006: 21). El otro relato destaca el papel de la acción humana en la reducción de la población en la segunda mitad del siglo XIX, atribuida tanto a las políticas de “exterminio”, al descubrimiento de recursos naturales lucrativos (oro y madera en California), como a un abandono maligno.

Los estudiosos, generalmente, están de acuerdo (con unas pocas disidencias) que lo que pasó bajo el dominio estadounidense en California cumple con los estándares de la definición de las Naciones Unidas, luego de la Segunda Guerra Mundial, de “genocidio”.⁵ A principios de la década de 1940, el historiador John Caughey utiliza el término “liquidación sin corazón” (Caughey, 1940: 391), mientras que el demógrafo Sherburne Cook, prefiere “homicidio social” (Cook, 1943). Más recientemente, el novelista Larry McMurtry dice en forma coloquial: “Durante la fiebre del oro, los exterminacionistas eran cada vez más numerosos. Se mataba a los indios como si fueran conejos” (McMurtry, 2005: 56).

Siguiendo la sugerencia de Elissa Mailänder, “destrucción” podría ser un término mejor, más general y menos legalista, para describir lo que pasó con los indios de California debido a su desaparición, involucrando todo desde las masacres hasta la tortura psicológica y el hambre, “irrevocables tanto como sigilosos y lentos asesinatos” (Mailänder, 2014).

4. N. de las T.: tribu de pocos miembros.

5. Véase por ejemplo Kiernan (2007) y Rawls (1984).

Creo que esto es útil para entender, como interrelacionadas, las muertes de nativos a raíz de la enfermedad y la malicia, al igual que los estudiosos del Holocausto refirieron como víctimas del genocidio al veinte por ciento de los judíos que murieron en los campos por desnutrición y agotamiento.⁶ Sin duda, los colonialismos español y americano tenían sus propios regímenes particulares de dominación, pero es provechoso para comprobar que el período comprendido entre mediados del siglo XVIII y finales del siglo XIX está interconectado y es parte del “violento proceso de construcción de la nación” dado en todo el mundo (Bender, 2006: 162). La pérdida de la vida bajo el colonialismo español en lo que hoy es el centro y el sur de California fue impulsada por las enfermedades contagiosas, pero el sistema de misiones era autoritario y brutal, marcado por “el espectáculo de hombres y mujeres con grilletes, el sonido del látigo, la miseria de los indios” (Margolin, 1989: 48). La susceptibilidad a la enfermedad fue facilitada por las políticas que sacaron a los indios de sus tierras, apartándolos de sus tradiciones culturales, alterando las relaciones familiares y tratando de sustituir, con el dogma católico, su antigua forma de entender el mundo.⁷

Los misioneros dieron a los neófitos un curso corto de cristianismo antes de su conversión masiva. Pero cuando murieron en masa, no recibieron entierros cristianos sino adecuados para salvajes: se apilaban diez o más en profundas fosas anónimas debajo de los terrenos y edificios emblemáticos de una de las atracciones turísticas más importantes de California, sus misiones. “No sabemos el lugar exacto de su entierro”, dice un guía en la Misión Dolores en San Francisco, refiriéndose a 11.000 cadáveres, en su mayoría Ohlone (Platt, 2012a). Me acuerdo de un testigo del genocidio de los armenios en Turquía en 1916, que informó que los muertos eran “conteo pasado” (Kévorkian, 2014).

En febrero de 2012, acompañé a Louise J. Miranda Ramírez, presidente tribal de la nación Ohlone / Costanoan-Esselen, mientras llevaba a cabo una bendición sobre las “tumbas de los antepasados” en el cementerio detrás de la basílica en la famosa Misión de Carmel. Mientras la seguía alrededor del pequeño cementerio simbólico, estudió el suelo con cuidado, parando cada pocos minutos para recoger objetos del suelo. “Mira”, dice ella, “estos son huesos humanos desenterrados por los topos. Yo les he pedido que los saquen de la tierra y que cubran las tumbas con

6. Según van Pelt, un millón de judíos murieron a causa del hambre y de las enfermedades; véase van Pelt (2014). En algunos campos como Majdanek en Polonia, las dos terceras partes murieron de esta forma. Véase Mailänder (2014).

7. Esta interpretación es ignorada en la historia pública y en la educación pública, donde prevalece una narrativa generalmente benévola y simplista. Se gestó una batalla de ideas ya que la Iglesia Católica canonizó a Junípero Serra (arquitecto del sistema de misiones) en septiembre de 2015 celebrando el 300º aniversario de su nacimiento.

algún tipo de protección, pero no hacen nada”. Fue difícil para mí mirar las piezas de restos humanos. Ramírez, inmutable, dijo: “Lo hago cada vez que vengo aquí, cada vez” (Platt, 2012b).

Bajo el régimen norteamericano, muchos miles de personas murieron como consecuencia de una organizada “guerra de exterminio”, respaldada políticamente a través de lo que el gobernador de California Peter Burnett llamó “la modalidad irregular de la guerra” (Burnett, 1852: 15). Solamente en un condado, entre 1850 y 1864, se produjeron cincuenta y seis masacres de pueblos originarios (Raphael y House, 2007). Burnett reconoció, aunque con “arrepentimiento personal”, que esa guerra “era de esperar”. Ciertamente, hubo resistencia al estilo guerrillero en el noroeste escabroso, pero los combatientes nativos no estaban a la altura de la repentina afluencia de cientos de miles de mineros y de colonizadores, sustentada por la codicia, un sentido de derecho y milicias armadas.

Muchos (quizás tantos como la mitad) nativos en California también murieron a causa de la desnutrición, las enfermedades y la desesperación psicológica. Entre 1850 y 1950, la esperanza de vida yurok se redujo a la mitad (Ferreira, 1996: 20). Una década de masacres posfiebre del oro, los cazarrecompensas, la venta de niños como sirvientes, trabajadores agrícolas y criadas, fue seguida por la concentración en colonias penales o “reservas”, y por los esfuerzos sistemáticos en la aniquilación cultural por los llamados “Amigos de los indios”.⁸ Como Richard Pratt dijo en una reunión sobre trabajo social en 1892, “todo lo indio que hay en la raza debería estar muerto... Matar al indio que hay en él, y salvar al hombre”.

Con las poblaciones nativas de California pasó lo mismo que lo que ocurrió en muchos lugares con otras comunidades rurales autosuficientes precapitalistas, pero peor porque la destrucción en lugar de la asimilación era el modo predominante de conquista. “Su historia”, señala Alberto Hurtado, “muestra claramente los costos humanos de llevar a California al ámbito del sistema económico moderno mundial” (Hurtado, 1988: 218).

Los agentes de la modernización no sólo destruyeron y reorganizaron lo que quedaba de las comunidades nativas. También desenterraron sus tumbas y se apropiaron de sus muertos.

Catástrofe N° dos: la exhumación y el saqueo

En los Estados Unidos, entre finales del siglo XVIII y mediados del siglo XX, los restos de los nativos fueron tomados de tumbas sin el correspondiente permiso familiar o tribal y transportados a museos, universi-

8. La venta de los niños indios por sus familias desposeídas y empobrecidas, me recuerda a los padres armenios que vendieron a sus hijos antes de su muerte durante el genocidio turco de 1915-1916. Véase Kévorkian (2014).

dades, laboratorios y colecciones privadas. Esta cosecha de cadáveres en nombre de la ciencia, la educación y el deporte prevaleció especialmente en California en el siglo xx, coincidiendo con el auge de la antropología profesional y la expansión de los museos públicos, y fue facilitada por el hecho de que las comunidades nativas de la costa oeste, diezmadas y derrotadas, eran incapaces de proteger sus antiguas aldeas.

La exhumación no autorizada no fue un fenómeno exclusivamente norteamericano. En la década de 1830, los científicos británicos llevaron a Londres cadáveres aborígenes de Tasmania. Cientos, posiblemente miles de restos aborígenes de Australia terminaron en universidades y colecciones en Inglaterra y en Escocia (Hinde, 2007). Colonos holandeses llevaron, en 1838, la cabeza de un rey Ahanta de Ghana a los Países Bajos, donde fue conservada en el Centro Médico de la Universidad de Leiden, hasta su repatriación en 2009.⁹ A finales del siglo xix, había quizá trescientas cabezas maoríes conservadas en colecciones alrededor del mundo (Werry, 2013). Del mismo modo, en la década de 1900, científicos alemanes se llevaron a Berlín cientos de restos herero de Namibia desde el suroeste de África para su investigación (Nunuhe, 2011). Pero no hubo precedentes para el alcance y el volumen de la práctica en los Estados Unidos.

Entre la década de 1780, cuando Thomas Jefferson excavó mil restos humanos cerca de su casa en Virginia, y la década de 1960 cuando el movimiento *Red Power* desafió con éxito el derecho de los arqueólogos y científicos para tratar a sus muertos como especímenes, fueron excavadas entre 600.000 y un millón de tumbas nativas. Nunca sabremos el número exacto, pero creo que un millón puede ser una estimación razonable.¹⁰

El saqueo de las tumbas se vinculó al auge del museo moderno y la curiosidad científica sobre los orígenes humanos y las diferencias humanas. Inicialmente, la exhumación fue motivada por la búsqueda de raros objetos nativos, una empresa global generada por primera vez por las operaciones militares internacionales. La expedición al Pacífico de George Vancouver (1790-1795) tenía varios coleccionistas a bordo, entre ellos George Hewett, cuya colección yurok finalmente terminó en el Museo Británico. En los siglos xix y principios del xx, el comercio de piezas de colección fue llevado a cabo por ricos mecenas que financiaron un frenesí de recolección. Como el mercado de los objetos nativos empezó a estar en alza en todo el mundo, los comerciantes emprendedores, los ambiciosos departamentos de antropología, los museos locales,

9. “Dutch return head of Ghana king”, BBC News, 23 de julio de 2009, disponible en: [http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/africa/8165497.stm] (consultado el 7 de julio de 2014).

10. Mi investigación encontró que un notorio coleccionista en un condado de California, fue responsable de excavar, por su cuenta, seiscientas tumbas.

los arqueólogos amateurs, los aficionados y los “saqueadores” se unieron a la cacería (Cole, 1995).

La mayoría de los objetos fueron adquiridos a través del comercio pero, en lugares como California donde los sobrevivientes nativos estaban desesperados por las necesidades básicas, los antropólogos y coleccionistas rara vez pagaron el valor de mercado. El distinguido antropólogo liberal de Berkeley, Alfred Kroeber, no tuvo escrúpulos en engañar a hombres nativos que doblaban su edad, desestimando su deseo de preservar su pasado. En 1906, manifestó a su personal: “El valor intrínseco de una casa antigua es prácticamente nada en estos días, y la gente está apegada a ellas principalmente por razones sentimentales” (Kroeber, 1909).

Los objetos extraídos de las tumbas o comprados baratos a las tribus empobrecidas acabaron en colecciones privadas y vitrinas públicas de todo el mundo, desde Moscú hasta San Francisco, mientras los museos competían en acumular “una especie de colección arca de Noé, dos de cada zona, dos de cada tipo” (Davis, 1995: 140). Los investigadores y los científicos no fueron capaces de seguir el ritmo debido a la avalancha de materiales que llenó los sótanos y las vitrinas de los museos (Cole, 1995: 286-287).

A mediados del siglo XIX, hubo también un activo comercio de partes de cuerpos de nativos, impulsado por el éxito de la recolección comercial y recreativa, la curiosidad científica y la industria del turismo patrimonial (Fabian, 2010). En universidades y museos, los científicos se unieron a la caza con la esperanza de que los cadáveres de los nativos arrojaran luz sobre los orígenes de la especie o sobre las tipologías raciales de la diferencia humana. Ellos estaban particularmente interesados en los cuerpos de los indios que, creían, habían sido metafóricamente congelados en el tiempo desde la Edad de Piedra y cuyos restos, por lo tanto, se creía que tenían la clave de los “secretos de los orígenes del hombre”, así como proporcionaban pruebas físicas de afirmaciones sobre la superioridad europea y la degeneración nativa. Esta perspectiva fue anclada en el racismo científico que dominaba la eugenesia estadounidense (Stern, 2005; Platt, 2006).

En los tratados ampliamente leídos –como *Crania America* (1839), de Samuel Morton, *Directions for Collecting Information and Specimens for Physical Anthropology* (1904), de Ales Hrdlicka, y *California Antropometry* (1926) de Edward Gifford– la medición de las cavidades cerebrales, las fosas nasales y el grado de la pendiente en la frente generaron todo tipo de charlatanería científica esencialista para justificar la superioridad de la civilización de los blancos europeos y la inferioridad innata de los pueblos originarios. Morton, Hrdlicka y Gifford alentaron a los arqueólogos aficionados a desenterrar tumbas y a enviarles todos

los restos descubiertos. “Cuanto más fresco el producto, mejor”, escribió Hrdlicka en su manual de 1904.¹¹

En la literatura popular y científica, ha habido una tendencia a culpar a los “saqueadores locales” por la profanación de las tierras sagradas por diversión y por autobombo, pero la responsabilidad por ignorar el registro de larga data de la oposición nativa a las excavaciones, por lucrar con las penas, por posponer las necesidades humanas en nombre de la ciencia, y por la extrema insensibilidad, pueden distribuirse entre una amplia gama de personas respetables y las instituciones establecidas.

Hubo tres grupos principales que participaron en las excavaciones de tumbas: coleccionistas locales —muchos de los cuales se consideraban arqueólogos autodidactas que contribuían al conocimiento científico— que se involucraron como comerciantes y aficionados; profesores y curadores de museos, que alentaron las ventas y las donaciones de objetos ceremoniales para construir colecciones con fines pedagógicos; y los investigadores académicos, cuyos estudios y excavaciones en los territorios indígenas fueron importantes para el desarrollo de la antropología académica.

Sin embargo, se debe hacer una distinción importante entre las personas que llevaron a cabo las excavaciones y los célebres mecenas de la cultura con grandes bolsillos y grandes egos, hombres y mujeres, como George Gustav Heye, Collis Huntington y Phoebe Hearst, que imaginaban estar haciendo, y no sólo recolectando, historia. Heye, un banquero de Nueva York, adquirió el mayor número de objetos indígenas reunidos por una sola persona, ochocientos mil artículos, suficientes para llenar, en 1919, su propio museo. Heye encargó expediciones alrededor del mundo, pagó a comerciantes para buscar bienes raros en las tumbas y compró colecciones de los coleccionistas regionales (Lenz, 2004).

Si bien la eliminación de los restos humanos nativos de los cementerios se hizo en nombre de la ciencia —para explicar el origen de la especie o para identificar las diferencias raciales entre “civilizaciones”, o para explicar la aparente muerte “natural” de los pueblos nativos— la mayoría abrumadora de exhumaciones violó los procedimientos científicos más básicos (sin mencionar los estándares éticos y legales predominantes en materia de entierros). En su mayor parte, la procedencia de los cadáveres nativos no estaba documentada; partes de los cuerpos fueron rutinariamente mezcladas; y los cadáveres nunca fueron identificados por su nombre. Por otra parte, los científicos cosecharon muchos más cadáveres de los que alguna vez podrían estudiar. Decenas de miles de muertos nativos fueron guardados en cajas, bodegas y colecciones personales sólo

11. *Cfr.* Morton (1839), Hrdlicka (1904) y Gifford (1926).

para ser vueltos a la vida para su exhibición en gabinetes de curiosidades, museos, escuelas y exposiciones internacionales.

En California, un cráneo recogido en la isla de Santa Rosa fue incluido en la exhibición de los Estados Unidos en la Exposición Histórico-Americana de Madrid en 1892. En los años 1920 y 1930, Ralph Glidden, un arqueólogo con estilo propio, llenó y decoró el *Catalina Museum of Island Indians* con cientos de cráneos y huesos sacados de las tumbas de los Tongva y de otras.¹² En 1948, Berkeley se jactaba en la revista *Life* de que su colección nativa americana incluía “más de 10.000 esqueletos indios, muchos de ellos completos”. Una fotografía a toda página mostraba una sala llena de restos humanos y un estudiante de posgrado usando un “craneómetro para medir un antiguo cráneo indio”. Un colega recuerda haber visto, a principios de la década de 1960, huesos humanos expuestos en el campus de Berkeley, en el emblemático Campanile. Al día de hoy, el Museo Favell en Klamath Falls, Oregon, muestra con orgullo objetos nativos saqueados de tumbas (Platt, 2013).

El reconocimiento de los crímenes contra la humanidad y de la repatriación de los cadáveres y los objetos fue, durante más de cien años, una demanda fundamental del movimiento indio americano. Esta lucha culminó con la aprobación en 1990 de una pieza importante de la legislación nacional, la ley de Protección de Tumbas y de Repatriación de Nativos Americanos (NAGPRA),¹³ que estableció un proceso para la devolución de los restos humanos y objetos funerarios a las tribus oficialmente reconocidas. Si bien la legislación cambió fundamentalmente las relaciones entre los gobiernos, museos, universidades y tribus, después de veintitrés años de funcionamiento sólo menos del cinco por ciento de los restos humanos han sido repatriados y NAGPRA está enredada en disputas burocráticas y recriminaciones.

La Universidad de California es el repositorio principal de los restos nativos en el Lejano Oeste. Aquí también la repatriación se estancó. El campus Davis conserva más del noventa por ciento de su colección.¹⁴ “Hay más indios muertos en el campus Davis que vivos”, dice un activista nativo americano que trabaja en una película sobre la morgue del departamento de antropología (Platt, 2013). Hasta junio de 2013, Berkeley ha repatriado únicamente 315 de sus 10.000 restos. ¿Por qué tan poco progreso?

12. Doscientos restos recolectados por Glidden están actualmente en la Universidad de California, Los Angeles.

13. N. de las T.: Native American Graves Protection and Repatriation Act, NAGPRA por sus siglas en inglés.

14. Comunicación personal de Brook Colley, UCD ‘Uneasy Remains’ project, 9 de junio de 2013.

En primer lugar, el proceso es lento y costoso, ya que los demandantes deben abrirse paso trabajosamente a través de comités institucionales. Las tribus tienen la carga legal de probar la procedencia y el origen. En segundo lugar, las tribus no reconocidas por el gobierno federal hasta hace poco no tenían derecho legal a hacer una reclamación directa. En tercer lugar, algunos científicos universitarios, preocupados por las muestras perdidas que podrían revelar nuevos hallazgos en el futuro, están haciendo que sea difícil para sus instituciones cumplir con NAGPRA. Por último, y lo más importante, debido a los métodos no científicos de trabajo, la mayoría de los restos exhumados no son identificables en cuanto a sus orígenes o a su afiliación tribal.

Desde la perspectiva de los nativos americanos, también hay una ambivalencia considerable en la consecución de la repatriación de los cadáveres. Para muchos ancianos, los restos están ahora, tanto espiritualmente como físicamente, contaminados. Los ritos funerarios yurok, por ejemplo, se aseguraron de que los muertos no contaminaran a los vivos. Una vez enterrados los muertos, los sobrevivientes instaron a sus espíritus a encontrar un lugar de descanso para que no vuelvan jamás. La exhumación viola el viaje de la vida a la muerte. También hay un dilema acerca de dónde debería tener lugar el entierro, dado que los sitios de entierro originales son, a menudo, desconocidos o en tierra que ya no es propiedad o ya no está controlada por las comunidades nativas.

No hay soluciones fáciles para este callejón sin salida, pero los museos y universidades podrían comenzar un proceso de reconciliación interrogándose por su pasada participación en el saqueo de tumbas, emitiendo disculpas públicas formales por décadas de negligencia, acelerando el proceso de repatriación, y ofreciendo la tierra o la compensación por nuevos entierros.

Mientras tanto, el pasado genocida y arqueológico pesa mucho en el presente, aquí y ahora, agravado por una cultura de encubrimiento que promueve el silencio, la amnesia y las narraciones fantásticas de la historia.

Catástrofe N° tres: encubrimiento cultural

Las catástrofes que afectaron a las comunidades nativas en California fueron bien conocidas y publicitadas en el siglo XIX. Los reformistas que propusieron cultura en vez de destrucción física se pronunciaron en contra del “pecado” del “tratamiento brutal de las tribus de California” (Davis, 1985: 70). “Nunca antes en la historia”, escribió un periodista popular a principios de 1870, “un pueblo fue barrido con una rapidez tan terrible, o paralizado en un silencio total y sin cuchicheos por siempre

Vista parcial del contenido del libro.

Para obtener el libro completo en formato electrónico puede adquirirlo en:

www.amazon.com
www.bibliotechnia.com
www.interebook.com
www.e-libro.net

MIÑO y DÁVILA
♦ E D I T O R E S ♦